

### RECTIFICACION

Á LOS SEÑORES TOPETE, NAVARRO Y RODRIGO  
Y OLÓZAGA.

Voy á ser muy breve en mis rectificaciones, á pesar de los varios discursos que se me han dirigido. Se me han dirigido alusiones por el Sr. Topete, alusiones por el Sr. Navarro y Rodrigo, alusiones por el Sr. Olózaga.

El Sr. Topete me dijo una cosa que, francamente, me ha ofendido: me dijo que yo le buscaba á él como contraste, y bien sabe el Sr. Topete que yo hablo con cierto desorden, que apenas me detengo á considerar lo que digo, y que si yo buscara á S. S. como contraste oratorio, ciertamente no conseguiría mi objeto, porque cuantas veces hablo, hablo' de él por la importancia que tiene en la Revolución y en el Gobierno; cuantas veces hablo de él, me responde; y cuantas veces me responde, consigue un triunfo, al cual siempre contribuyo con mis aplausos, menos cuando habla del Duque de Montpensier.

El Sr. Topete nos recordaba ayer que había sido nuestro salvador. Ya sabe el Sr. Topete que no necesita recordarnos eso, que todas cuantas veces me levanto, cuantas veces uso la palabra y tengo que

encontrar mis ideas con las ideas de S. S., yo lo declaro, yo lo proclamo, yo lo recuerdo con grande y extraordinario agradecimiento.

Pero lo que ayer el Sr. Topete nos decía, me alarmaba mucho: decíanos que iba á salvarnos de nuevo; y yo debo decirle, para que no haya necesidad de salvarnos de nuevo, que ahora se necesita, y urgentemente, que S. S. no nos pierda.

Su señoría nos perderá; S. S. perderá esta situación; S. S. perderá la conciliación que reina entre los elementos de la mayoría; S. S. perderá la actitud pacífica del partido republicano, esta actitud legal que nosotros sostendremos con todas nuestras fuerzas; S. S. perderá todo esto si se empeña en traer al Duque de Montpensier, rechazado por la conciencia y la voluntad de la nación española.

Ya sé yo que el Sr. Topete dice una cosa que ha repetido esta misma tarde el Sr. Olózaga. El Sr. Topete dice: «Yo haré lo que quiera la mayoría.» El Sr. Olózaga dice: «Yo haré lo que quiera la mayoría.» Y como cada uno de los individuos de la mayoría dice lo mismo, el caso será encontrarnos sin rey, porque todos van á querer aquello que quiere el otro, y nadie sabe lo que el otro quiere.

Por consecuencia, hasta ahora el nuevo monarca es un secreto que los individuos de la mayoría se guardan mutuamente como un gran misterio sibilino.

Yo no trataré de romper ese silencio ni de averiguarlo.

UNIVERSIDAD DE NOBIS LEON  
BIBLIOTECA UNIV. T. 114  
"ALFONSO REYES"  
1825 MONTERREY, MEXICO

guar ese profundo secreto. Pero acaba de decir una cosa el Sr. Olózaga que es profundamente verdad. Se necesita, para tener rey, formarlos en la opinión. Y yo pregunto: ¿á cuándo aguardáis para formar el rey en la opinión? La tribuna, la prensa, las asociaciones, las reuniones sirven para eso; y si vosotros no hacéis más que matar candidatos, porque aquí no hay más que una serie de candidatos muertos, decidme cuándo va á venir vuestro rey, cuándo va á aparecer la aurora de la regeneración de vuestra monarquía.

Decía el Sr. Ministro de la Guerra: «Es que necesitamos que el país esté pacífico»; pero S. S. puede comprender que si necesitamos el rey para apaciguar el país y luego necesitamos que el país esté pacífico para tenerle, ésta es una situación anómala y contradictoria, éste es un círculo vicioso.

Pero una cosa me decía el Sr. Topete que personalmente me ofendió. Es indigno, retiro esta palabra, es impropio de la lealtad y de la franqueza que S. S. tiene, el venir aquí á repetir ciertas vulgaridades respecto del influjo que los clubs tengan sobre nuestra conciencia, sobre nuestro proceder y sobre nuestra conducta. (*El Sr. Ministro de Marina pide la palabra.*)

En este punto ha dado el Sr. Figueras explicaciones que son satisfactorias. Nosotros no negamos, nosotros no podemos negar á los clubs el derecho de criticar; y como no negamos á los clubs el derecho

de criticar, no podemos tampoco negarles el derecho á que disientan de nuestra opinión, de nuestro proceder y de nuestra conducta. Ellos saben muy bien que no pueden intimidarnos, y nosotros sabemos también que con adulaciones no los ganaríamos nunca. Nos conocemos y nos apreciamos mutuamente. Pues qué, ¿había clubs, habían discutido los clubs cuando todo el partido republicano firmó un manifiesto diciendo que si ponéis á los pueblos en la dura alternativa de optar entre la anarquía y la dictadura, optan siempre por la dictadura? ¿Había clubs, ó era necesario satisfacer á los clubs, cuando se dijo que la demagogia era como la tisis y que parecía viva porque tenía cierto calor artificial que tan sólo era fiebre? ¿Había clubs cuando un día vinieron ciertas manifestaciones á las puertas de este Congreso, y el Sr. Chao, el Sr. Blanc y mi humilde persona empleamos toda la tarde en conjurar esa tempestad que parecía amenazadora? ¿Había clubs, teníamos nosotros que satisfacer á los clubs, cuando vinieron los acontecimientos de Jerez, y nosotros fuimos los primeros en dar al Gobierno un voto de confianza?

Señores, á un partido que procede con esta nobleza, á un partido cuyas fuerzas después de todo son revolucionarias y no hace más que encauzarlas en la legalidad, á ese partido no se le puede decir que tiene miedo á los clubs sin herirle en su propia estimación y en su propia honra, y sin que proteste

contra eso la conciencia general de nuestro país, que hace justicia á nuestras rectas intenciones.

Voy ahora á contestar al Sr. Navarro y Rodrigo. Yo me alegro mucho de que S. S. no dedicara las páginas de la historia de Itúrbide al general Prim. Pero, señores, el que yo tuviera esta sospecha depende de que los partidos conservadores son los más suspicaces que hay en el mundo; en todas partes creen ver aspiraciones secretas á la república, y ya comparan al general Prim con Cronwell, ya lo comparan con Capodristia, yá con cualquiera de los héroes que han hecho imposibles las monarquías en el mundo; y eso depende de la atmósfera política, y la atmósfera depende de las ideas que en ella se derraman; por consiguiente, yo no había hecho más que respirar un poco de la atmósfera que hay en todas partes.

En cuanto á la candidatura del Duque de Montpensier, de que S. S. habló otra vez, aunque diciendo que no era su candidatura exclusiva, en lo cual tiene razón, en cuanto á esa candidatura, debo decir que sucede aquí lo mismo, absolutamente lo mismo que sucedía en Francia en 1793, y que Napoleón recuerda en sus *Memorias de Santa Elena*. Napoleón dice: «En Francia hubiera habido monarquía entonces si los Orleanes hubieran sido afectos al pueblo; pero como quiera que los Orleanes uo eran afectos al pueblo, sus amigos particulares, Danton, Camilo Desmoulin y demás, no podían levan-

tarlos sobre el trono de que había caído Luis XVI.» ¿Y sabe el Sr. Navarro y Rodrigo por qué los Orleanes no son aceptos al pueblo? Por su política, por su vida pública, que contrasta con su vida privada. Luis Felipe, como decía perfectamente un gran orador, era un hombre incorruptible, pero era un gran corruptor en política.

Pues bien; hay cierto sentimiento de justicia, cierto amor á la familia, que no se compadecen de las grandes razones de Estado. Y el pueblo español no le perdona al Duque de Montpensier los trabajos hechos contra la última dinastía, como no le perdonó la Convención francesa á Felipe Igualdad su voto, que vino á herir la frente de Luis XVI.

Y aquí me dirijo á mi amigo y maestro el señor Olózaga. Ha dicho S. S. que el fondo de mi discurso no era todo lo lógico que exige la elocuencia parlamentaria. Lo que siento es que el Sr. Olózaga haya empleado un magnífico discurso para combatir uno tan pequeño y falto de lógica. Pero prescindiendo de esto, porque tengo muy poco amor propio, entremos en el fondo del debate.

Dice el Sr. Olózaga que yo me atreví á atribuir legalidad al grito del Sr. Ochoa. Yo creo que este grito es legal mientras no haya rey, porque es posible que Carlos VII fuera elegido monarca por la Asamblea. Y si el Sr. Olózaga invoca las leyes dictadas en Cortes expulsando del trono de España á D. Carlos y su línea, yo puedo citarle á S. S. otras

leyes dictadas en Cortes que acreditan la legitimidad de Isabel II. Pero la Revolución ha venido á abrir una nueva cuenta, y vamos á crear una nueva edad. Todo lo que existía antes, inclusa la expulsión de Carlos VII, todo está invalidado por la Revolución.

Decía el Sr. Olózaga que no era muy patriótico, verdaderamente patriótico, el que nosotros nos gozáramos en el espectáculo de que España fuera de rodillas pidiendo por las cortes extranjeras un rey para su vacío trono. ¿Y por qué? ¿De cuándo acá el rey es el pueblo? ¿De cuándo acá el rey es la patria? Ese es el eterno error de nuestros padres, que nos ha traído tantos años de males.

Confundir á Fernando VII con la patria fué el gran error que nos trajo la guerra de la Independencia, que nos costó veinte años de reacción funesta. Confundir á Isabel II con la libertad fué el gran error de los liberales, que nos esclavizó, y todavía llevamos una marca ignominiosa en la frente. No; el rey no es la patria, el rey no es la nacionalidad: la patria son todos los hogares, la patria son todos los ciudadanos, todos los españoles esparcidos por las cuatro partes del mundo.

Señores Diputados: los que dicen que la patria tiene una grande inferioridad política y social, son aquellos que la declaran incapaz de gobernarse á sí misma. Porque después de todo, ¿qué es la república? El gobierno del país por el país. Pues si vosotros

buscáis un rey extranjero como Carlos V el de Villalar; si buscáis un rey extranjero como Felipe V el de Játiva; si buscáis un rey sostenido por los extranjeros como Fernando VII, que fué restaurado por las bayonetas de la fe, los que hacéis eso, queréis darle una carta de inferioridad política y social á la nación española: vosotros sois los poco patriotas.

Dice el Sr. Olózaga que era noticia nueva la de que yo creía incompatible al rey con los derechos individuales. Pues qué, el Sr. Olózaga, que tanta atención me presta, igual á la que yo presto siempre á sus discursos, en los que tanto aprendo, porque son verdaderos modelos de oratoria parlamentaria (y lo digo con toda sinceridad); el Sr. Olózaga, que me ha oído tanto, ¿no me ha oído siempre decir que la forma natural, que la forma lógica de los derechos individuales era la república? Por consecuencia, no es noticia nueva la de que yo haya dicho que el nuevo rey tiene bajo su trono la pólvora de la democracia, y en su corona, en los diamantes de su corona, las chispas de las libertades populares.

Todo esto lo creo y lo he creído siempre incompatible con la institución de la monarquía. Y tan cierta es esta incompatibilidad, que el Sr. Olózaga, monumento vivo de la historia parlamentaria, debe recordar, recordará sin duda, que todos los monarcas que han tenido Constituciones liberales han tratado de barrenarlas. Fernando VII, la Constitución de 1812, porque la creía demasiado democrática;

Luis XVI, la Constitución de 1791, porque le parecía demasiado democrática. (*Se oye un poco la campanilla del Sr. Presidente.*) Espere un poco la campanilla del Sr. Presidente. No quiero continuar la lista, porque el Sr. Presidente no me lo permite. Pero no necesito refrescar la memoria del Sr. Olózaga. S. S. se extraña mucho de mi larga cita de las regencias y admiraba mi imaginación y mi memoria: la imaginación la encuentro siempre como un obstáculo para hablar; mi memoria es grande, sí; pero como sabe el Sr. Olózaga, dice un eminente orador: «La memoria es el atributo de los tontos», por consiguiente, yo me declaro tonto. Pero he oído decir á todos los monárquicos que los grandes inconvenientes de las monarquías son los períodos de regencia: eso es el abecedario de los principios monárquicos. Y yo digo: si teniendo una reina en el trono fué tempestuosa la regencia de María Cristina y concluyó por una catástrofe; si teniendo á su lado el pueblo fué tempestuosa la regencia del general Espartero y concluyó con otra catástrofe, ¿qué va á hacer vuestro regente, ese regente sin trono, sin rey y sin pueblo?

Decía el Sr. Olózaga, que no era grande inconveniente la inconsecuencia política del general Serrano, y trataba de justificar estas inconsecuencias que yo le pintaba al Sr. Olózaga como efecto del temperamento nervioso, del carácter heroico, de la impresionabilidad del general Serrano. El héroe es como

el poeta; en un momento lo ve todo, abraza todos los tiempos, abarca todos los espacios; una idea le embarga la imaginación, le embarga el pensamiento, le embarga el corazón, y es muy fácil que un hombre de esa manera impresionable, pueda un día, creyendo que va á salvar á la patria, perdernos á todos. Por eso decía yo que un hombre que con tanta facilidad había pasado de la montaña del Príncipe Pío al puente de Alcolea, podría con igual facilidad pasar desde la regencia á la disolución violenta de esta Asamblea. He ahí mi razonamiento.

El Sr. Olózaga se quejaba, como yo, del militarismo, y lo condenaba más fuertemente que yo; pero decía que era una necesidad de este tiempo; y para probarnos que era una necesidad de este tiempo, invocaba los recuerdos del año 20. Pues tengo que decirle á esto que el partido progresista sin duda ha degenerado mucho.

En el año 20 le debió el poder á Riego, y Riego no fué ministro. No solamente no fué ministro, sino que Argüelles le desterró de Madrid. En el año 36 el partido progresista debió el poder al sargento García; pues ni siquiera dió un premio al sargento García. De suerte que el militarismo en el partido progresista es una enfermedad bien reciente.

Que son necesarias la sociedad civil y la educación civil; y para probarnos que son necesarias la sociedad civil y la educación civil, el Sr. Olózaga nos cita el ejemplo de Inglaterra.

Pues bien: yo debo decir á S. S. que el ejemplo de Inglaterra, como el ejemplo de los Estados Unidos, lo que prueban es la necesidad de no tener miedo á las tempestades de la libertad. ¿Conoce el Sr. Olózaga período más triste que aquel que por fin dió origen á la revolución que los ingleses llaman santa? ¿Conoce S. S. nada más perturbado que el gran período en que se formó la república de los Estados Unidos? ¿Y por qué los ingleses, por qué los anglo-americanos fundaron la libertad? Porque no la temieron: es preciso ensayarla, es preciso practicarla, y para ensayarla y practicarla, es necesario no tener miedo á sus consecuencias ni á sus prácticas.

Y, señores, la prueba de que el Sr. Olózaga tiene miedo á la libertad, es la apología que nos ha hecho del Imperio, sí, del Imperio francés: apología que yo no hubiera querido oír de los labios de un orador parlamentario, de los labios de un orador que al menos debía lastimarse y sentir que aquel hombre derribara con sus soldados la primera tribuna del mundo, la tribuna desde la cual se irradiaba la luz y el calor de la libertad á toda Europa. (*Bien, bien.*)

Además, de lo que el Sr. Olózaga se quejaba, era del socialismo. ¿Y el socialismo del año 48 tiene comparación con el socialismo del Imperio? ¿A qué se redujo el socialismo del año 48? A unos cuantos talleres nacionales, de que á poco tiempo fueron despedidos los trabajadores. ¿A qué se reduce el socialismo del Imperio? A destruir una ciudad, á reedifi-

carla, á dar en esa ciudad grandes espectáculos para el ejército y para la plebe, como los antiguos Césares: ¿para qué? Para que esa ciudad, al despertarse, al levantarse hoy, conozca que el Imperio la ha empobrecido, la ha desangrado, y grite como su poeta: «Quiero tu pan negro, ¡oh libertad!» Sí, Sres. Diputados; porque lo que hay de malo, lo que hay de utópico en ciertos delirios, es la apocalipsis de la esclavitud, es el sueño que engendra la falta de luz y la falta de libertad en el corazón del esclavo. (*Aplausos*)

¡Ah, señores! ¿Ha conseguido algo, ha alcanzado algo ese emperador á quien tanto alaba el Sr. Olózaga? ¡Diez y ocho años de silencio! Pero á los diez y ocho años se ha convencido de que no es posible satisfacer la libertad; y en el momento mismo en que las reuniones políticas se han celebrado, la utopía ha reaparecido más amenazadora, más terrible que nunca, como una ave nocturna que no ha visto por espacio de diez y ocho años la luz de la libertad.

Sí, no hay más que un medio, un solo medio para sacar de estas utopías lo que tengan de verdaderas y para corregirlas. Ese medio es la escuela, es la enseñanza, es la tribuna, es la asociación; es la fecunda, la santa libertad.

Pero dice el Sr. Olózaga: ¿cómo se queja el señor Castelar de la mesocracia cuando la mesocracia existe en toda Europa? Véase por qué alababa yo tanto á una ciudad á quien yo llamaba la capital del género

humano. Yo alababa tanto á esa ciudad, porque después de todo, lo que ella hace se hace en el mundo; y como ella ha derribado el régimen privilegiado de las clases medias, ese régimen privilegiado no reaparecerá jamás. El sufragio universal ha hecho Italia; el sufragio universal ha hecho Prusia; el sufragio universal lo habéis tenido que admitir vosotros, y está sancionado por la pluma doctrinaria del señor Olózaga. ¡Oh, grande idea que se impone á sus más encarnizados enemigos!

Dice el Sr. Olózaga que en Inglaterra la educación es la que da la libertad. Es verdad; pero nosotros sabemos que no se puede educar al pueblo, al cuarto Estado que viene, sino dándole instituciones en armonía con la libertad. He aquí por qué nuestro deseo de libertad, del sufragio universal, del jurado, de las asociaciones, de las reuniones, de la república, en una palabra. Todo lo que nosotros deseamos no es más que una grande escuela para que se eduque, para que se moralice el pueblo; que al fin y al cabo, con el grande criterio de la igualdad y de la justicia que ha engendrado la filosofía moderna, es el dueño de sus destinos y el soberano de todas las naciones.

El Sr. Olózaga me ha dicho que yo con mi largo telescopio he visto las cosas pequeñas; pero he entrado en sitios á donde S. S. no podía seguirme. Yo al tratar la historia contemporánea no he entrado en ningún sitio en que no estuviese el Sr. Olózaga. He

entrado en la regencia de María Cristina, y allí estuvo el Sr. Olózaga; he entrado en el palacio de Doña Isabel II, y su primer ministro, después de declarada su mayor edad, fué el Sr. Olózaga; he entrado en la regencia de Espartero, y allí estaba el Sr. Olózaga; he entrado en la coalición del año 43, y allí estaba el Sr. Olózaga; he entrado, en fin, en todas las partes en donde ha estado el Sr. Olózaga.

Yo no dije eso por incomodar á S. S.; creo firmemente que donde quiera que entra S. S., lleva honra y saca honra.

Iba diciendo que el Sr. Olózaga podía muy bien seguirme, porque no había estado en ningún punto de la historia contemporánea donde S. S. no hubiera estado. ¿Y cómo no había de estarlo un hombre que casi personifica nuestro Parlamento?

Pero tengo que decir una cosa al Sr. Olózaga. Su Señoría ha dicho que yo veía todos los tiempos, que descubría todos los horizontes, que yo era, en fin, la posteridad.

Señores, yo dije que era la posteridad en un sentimiento modesto. Yo dije que no podía tener ni vuestras pasiones, ni vuestras ambiciones, porque no os disputaba cartera ni posición alguna, y por consiguiente, colocado más lejos de vosotros, colocado más lejos de vuestras rivalidades y de vuestras ambiciones, os podía juzgar con la imparcialidad de la historia. En esto no había orgullo; si algo había, era modestia, nacida de la humildad de mi posición.

Pero yo digo al Sr. Olózaga que S. S., que es un gran orador, que es un gran diplomático, y ya sabe Su Señoría que se lo digo con sinceridad, no es previsor, no es pensador, no lo ha sido nunca, no lo es hoy tampoco: no está la previsión entre sus grandes cualidades. No preveía lo que iba á suceder cuando se opuso á la regencia de la Constitución de 1812 que demandaban algunos progresistas; no preveía lo que iba á suceder cuando defendía, quizá desde el mismo banco en que ahora se halla sentado, la regencia del general Espartero; no preveía lo que iba á suceder cuando aceleró desde la silla que hoy ocupa el Sr. Rivero la declaración de la mayor edad de Doña Isabel II; no preveía lo que iba á suceder cuando en 1854, combatió con la elocuencia y el ardor de su palabra á la minoría que aquí votaba contra el trono de Doña Isabel II; no preveía tampoco antes de la Revolución, porque imaginaba que era posible traer un rey por medio de un plebiscito, y ni ha venido el rey ni el plebiscito.

Pues bien: yo no puedo asociarme á las palabras con que ha terminado el Sr. Olózaga su discurso respecto á la regencia del general Serrano, que, según ha dicho, será gloriosa; y como yo tengo á Su Señoría por poco previsor, creo que esa regencia será triste para la libertad y la patria.

## SEGUNDA RECTIFICACIÓN

AL SEÑOR OLÓZAGA.

Dos palabras solamente. Yo me alegro mucho de la declaración que acaba de hacer el Sr. Olózaga respecto á política, porque esa declaración es para nosotros importante, importantísima. Dice S. S. que se ha cortado por la raíz el arbol de la dinastía de Borbón, que ha caído con todas sus ramas; y como una de las ramas es D.<sup>a</sup> María Luisa Fernanda y el Duque de Montpensier, yo me alegro mucho de esta manifestación del jefe del partido progresista: con ella nos ha librado S. S. de un candidato.

Por lo que respecta á la otra cuestión, yo me declaro culpado; yo no tengo amor propio, lo he dicho repetidas veces: en el mundo, los que verdaderamente pueden sentir que se les eche algo en cara, son los que se creen infalibles; yo me creo hombre, sujeto á error, y confieso mi error de ayer; pero tengo que decir que los comentarios del Sr. Olózaga se parecen mucho á la *Llave de oro*. (*Risas.*)